Núm. 2.

COMEDIA FAMOSA.

EL MARISCAL DE VIRÓN.

DE DON JUAN PEREZ DE MONTALVÁN.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey de Francia, galan.
El Mariscal de Virón, galan.
El Duque de Saboya, galan.
El Conde de Suison, galan.
El Conde de Fuentes, barba.
Monsieur de Lafin.
La Reina de Francia, dama.
Madama Blanca, dama.
Belerma, criada.
Claudia, criada.
Un Canciller.
Jaques, gracioso.
Montení.
Un criado.
Damas.
Soldados.
Músicos.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Mariscal de Virón, galan, vestido honestamente, y Jaques, gracioso.

Jaques. COn mayór razon me altera
tu condicion cada dia.
Marisc. No creyera que era mia,
si menos altiva fuera.
Yo habia de acompañar
al de Saboya, no siendo
yo quien fuera presidiendo
en puesto, accion y lugar?
Ya le salió á recibir
el Rey con toda su Corte,
y todos como á su norte
le han de mirar y seguir;
y si yo le acompañara,
aunque mas bizarro fuera,
su vasallo pareciera,
y nadie en mí reparara,
cosa que llevara mal:
luego es conocido error
permitir lo superior,
cuando me ofende lo igual.
No sé qué espíritu en mí, *ap.*
ó me arrebata, ó me lleva
á que aspire, á que me atreva,
al sol, cuyo rayo fui!
si bien en pasion tan loca,
como este reino no es mio,
cuanto fabrica mi brío,
mi noble lealtad revoca:
y asi me vengo á deber
(llegándome á reportar)
el saberlo desear,
y el no quererlo emprender,
para que con la traicion
consentida y no intentada,
mi lealtad quede apurada,
y animosa mi ambicion
siendo en mi posteridad
nuevo linage de honor,
no querer de mi valor
mas que pide mi lealtad.
Jaques. El Mariscal entre sí *ap.*
está hablando y murmurando:
cuánto va, que está pensando
como será Gran Sofí?
Y ya que no hayas salido,
fuera accion culpada y mala,
que, como todos, de gala
tambien te hubieras vestido?
Y no venir de manera,
que mirando en un espejo,
pareces frances de viejo.
Marisc. Si tú dices, que cualquiera
se viste, y por varios modos

festeja la entrada, dí,
qué me debiera yo á mí,
si hiciera lo que hacen todos?
Jaques. Pues dí, señor, con qué intento
te estás aquí tan despacio,
cuando ya llega á palacio
todo el acompañamiento?
Marisc. Quiero ver si hay ocasion
de ver...
Jaques. Dirás á Madama
Blanca dé luz, y en su llama
arder racional carbon.
Marisc. Bien la quiero.
Jaques. Es la mas bella
francesa que hay en París:
si va á misa á San Dionís,
se van los hombres tras ella,
á puto el postre, á morir;
tanto, que viéndola entrar
el cura empieza á cantar,
y hace la bóveda abrir;
porque al irse paseando
por la Iglesia sin estruendo,
caballeros van muriendo,
como ella los va mirando.
Marisc. Dices bien, mas mucho tardan.
Jaques. Siempre con aqueste espacio
van las cosas de palacio.
Marisc. La Reina y damas aguardan
en el salon, y han de entrar
en público; mas espera.
Suena dentro ruido de música.
Jaques. Música el palacio altera,
todos deben de llegar.
Salen por una puerta el Rey de Francia, el Duque de Saboya, el Conde de Fuentes, barba; y por la otra la Reina de Francia, Madama Blanca, Claudia y Belerma, criadas, y acompañamiento.
Rey. Vuestra Alteza sea á Francia bien venida: trae salud vuestra Alteza? (dos
Duque. Agradecido,
siempre alegre, y muy ufano
al favor soberano,
que vuestra Magestad me prometia;
traigo salud. *Rey.* Será feliz la mia
con tan alegre nueva.
Duque. Cómo ha estado
vuestra Real Magestad?
Rey. Con gran cuidado
de que llegase bueno vuestra Alteza;
mas ya la Reina aguarda.
Jaques. Qué grandeza!
Rein. A vuestra Alteza guarde Dios mil años;
porque á vista de propios y de estraños,
enemigo postren la arrogancia
en Concordia feliz Saboya y Francia.
Duq. Teniendo un angel como vos, señora,
que á las paces asista, desde ahora
doy por cierta la paz.
Rey. Pena me ha dado, *ap.*
no haberme el Mariscal acompañado,
y ver el trage humilde con que viene:
notable condicion en todo tiene.
Jaques. Mas qué repara el Rey en el vestido?
Maris. Mas que yo no me doy por entendido?
Belerm. Triste está el Mariscal y retirado.
Blanca. Debe de ser en él razon de estado.
Claud. No hay en lo deslucido quien le iguale.
Blanca. Harto lucido sale, pues él sale.
Rein. Vamos, Blanca: Dios guarde á V. A.
Conde. El luciminto iguala á la belleza.
Duque. Tengo de acompañaros.
Rey. Duque: - *Duque.* Quiero
valerme de la edad para escudero.
Rey. Quedémonos los dos.
Duque. Dichosa tarde.
Blanca. Vedme, Carlos, despues.
Rein. El cielo os guarde.
Vanse la Reina y todas las damas.
Duque. Conde de Fuentes?
Conde. Gran Señor? *Duque.* Airosas
son las damas de Francia.
Conde. Y muy hermosas.
Rey. Qué dice vuestra Alteza?
Duque. Que son bellas
las damas, y que en ellas
como en espejo el sol sus rayos mira.
Rey. Y en Blanca los respeta ó los admira. *ap.*
Duq. Aunque yo no consiga el Marquesado
de Saluzio, daré por bien gastado
el tiempo, con haber á Francia visto.
Rey. Mi enojo en vano y mi pesar resisto. *ap.*
Qué á hablarme no llegue! estraña cosa!
Conde. Eso es tener el alma belicosa:
á Carlos de Virón me han alabado
de bizarro soldado,
y conocerle quiero:
de uno de aquestos informarme quiero.
Rey. Mas no quiero mostrar que lo he senti-
Conde. Monsieur? (do. *ap.*
Marisc. Decís á mi?
Conde. Sí: yo he venido
con el Duque hasta Francia,
por si le es mi persona de importancia;
y ya que aquí me veo,
hablar y ver deseo
al de Virón; pues conoceis la gente,
enseñadme cuál es, si está presente.
Marisc. Para qué le buscais?

Conde. Hanme informado,
que es valiente soldado,
y lograré con verle mi venida.
Marisc. Mal os han informado, por mi vida,
si de eso os informaron solamente,
porque es mas que soldado, y que valiente.
Cond. Cómo, cómo, frances? pues yo he vencido
diez y seis batallas campales, y he reñido (do
valiente en la campaña, he navegado,
y mas de cien murallas he asaltado;
y aunque mi fama aclama
á mis obras por dignas de mi fama,
no sé si he merecido justamente
el nombre de soldado y de valiente. (ña
Maris. Cualquiera buen soldado en la campa-
hace lo mismo, hazaña por hazaña,
y el no estar tú de ti mas satisfecho,
ser á porque regulas lo que has hecho;
mas ese Carlos, que de polo á polo
en todo es singular, único y solo, (bre,
como sabe que es mas que cualquier hom-
pide á mayores hechos mayor nombre.
Conde. Frances, sabes quién soy?
Marisc. Jamas te he visto.
Cond. Corrido estoy de verte, voto á Cristo.
Maris. Si bien, por la arrogancia que en ti
pareces español; mas no creo, (veo,
que es tanto tu valor como refieres,
pues ni sabes quien soy, ni sé quien eres.
Cond. La mas del tiempo estoy en la campaña
dando opinion á la opinion de España;
si tú fueras soldado,
ya en la guerra me hubieras encontrado
desnudo el blanco acero;
mas un afeminado caballero,
que en las delicias de la Corte duerme,
cómo puede en campaña conocerme?
Mar. Sin duda te ha engañado el ver mi modo,
porque en todo y por todo
tan hijo de las armas he nacido,
que por las paces que hoy se han convenido
visto este trage tan es mi deseo,
que traigo luto porque no peleo.
Cond. El brio del frances me ha contentado.
Maris. Por Dios, que el español es alentado.
Rey. Y qué gente acompaña á V. Alteza?
Duque. De Saboya lo mas de la nobleza,
y entre muchos soldados muy valientes,
el gran Conde de Fuentes.
Rey. Holgaréme de ver tan gran soldado.
Duque. Conde de Fuentes?
Conde. Voy, que me han llamado.
Marisc. Luego el Conde sois vos?
Conde. Yo soy el Conde. (de.
Mar. Bien la fama á los hechos correspon-
Duq. Dé vuestra Magestad su heroica mano
al de Fuentes. *Rey.* Al Hector castellano,
y al vasallo tambien el mas valiente
del Cesar mas prudente.
Cond. Por mi Rey, y por mí la mano os beso.
Rey. Que deseaba veros os confieso.
Esta es buena ocasion para llamarle *ap.*
á Carlos, y reñirle para honrarle.
Yo le quiero pagar esta fineza
en el mismo caudal á vuestra Alteza:
Mariscal de Virón, besad la mano
al Duque.
Marisc. Es el favor mas soberano,
que me podeis hacer. *Rey.* Llegad presto.
Maris. Para mi condicion es bueno esto. *ap.*
Con. Vive Dios que es el mismo á quien yo ha-
y que por él á él le preguntaba. (blaba,
Du. Primero que á mis pies llegue á mis brazos
tan bizarro frances. *Abrázale.*
Marisc. De estos abrazos
grande opinion á mi opinion consigo.
Rey. El de Virón es mi mayor amigo.
Marisc. Hechura vuestra soy.
Rey Hablad al Conde.
Maris. Quien obedece, con callar responde.
Cond. De loco tiene el de Virón un poco,
mas no fuera valiente á no ser loco. *ap.*
Marisc. Yo soy el de Virón, ahora mire
Vuecelencia si es justo que me admire,
que por mí me pregunte, y solamente
diga que soy soldado, y soy valiente.
Conde. Yo soy Conde de Fuentes, conocido
tanto en este pais, como temido,
y toda esta opinion he grangeado
con saber ser valiente y ser soldado.
Marisc. Pésame que descansen los aceros
con esta paz. *Conde* Por qué?
Marisc. Porque de veros
en la campaña, vive Dios, me holgara.
Cond. Despues fuera posible, que os pesara.
Maris. Yo llevo una ventaja á mi enemigo,
que voy con muchos, porque voy conmigo.
Cond. Pues yo en ir solo mi ventaja fundo,
porque basto yo solo para un mundo.
Rey. Mariscal de Virón?
Duque. Conde de Fuentes?
Marisc. Señor? *Conde.* Señor?
Rey. Qué honrados! *Duq.* Qué valientes!
Rey. Bueno está, Mariscal.
Duque. Bueno está, Conde.
Cond. Ahora á vuestra Alteza se le esconde,
que entre soldados estas bizarrías
son todas militares cortesías?
Marisc. Aqui son los recelos escusados,
que esos son cumplimientos de soldados.

Rey. Vamos, porque descanse V. Alteza.
Duque. Alivio es del cansancio esta fineza.
Rey Mariscal? *Marisc.* Gran señor?
Rey. De vos confio
huesped tan superior.
Marisc. Del pecho mio
haré cuarto á su Alteza conveniente.
Mi huesped es el Duque, facilmente
si le gano la gracia, persuadirle *ap.*
podré, y á mis intentos reducirle. (cho,
Duq. Huesped del Mariscal el Rey me ha he-
si hallo ocasion, le he de fiar mi pecho. *ap.*
Rey. Descanse ahora vuestra Alteza, y crea
que llevará el despacho que desea.
Duq. No deja que pedir quien tanto ofrece.
Rey. Esto Saboya, y mucho mas merece.
Vanse, y salen Madama Blanca, y Belerma con luces.
Belerm. Triste vienes.
Blanca. Vengo muerta:
(ay Carlos del alma mia!) *ap.*
retira aquesa bugía,
y ten cuenta con la puerta.
Belerm. Apenas la entrada viste,
cuando la Corte dejaste,
y apenas aqui llegaste,
cuando mas triste estuviste;
pues di, qué nuevo pesar
te tiene asi? *Blanca.* Qué turbada
estoy! *Belerm.* Qué tienes?
Blanca. No es nada.
Belerm. Advierte, que el recatar
lo que sientes á mi amor,
será quererle ofender.
Blanca. Pues, Belerma, si saber
quieres el grave dolor,
que me tuerce, y que me tira
como verdugo la soga,
y que en efecto me ahoga,
escúchame atenta, y mira
(con mil sobresaltos lucho)
si Carlos viene, ó Lafin:
ay noche! ay sueño! ay jardin!
Belerm. Ya la miro, ya te escucho. (fante
Blanc. Dos años ha que entró en París triun-
Carlos el Mariscal, Carlos mi amante,
aquel de cuyo corazon valiente
el sol es corchista solamente,
porque á sus hechos solos
aun estrechos le vienen ambos polos.
Y asi el cielo, que sabe
que solo en su papel su nombre cabe,
desde ya de tener sin duda alguna
descumbrada la esfera de la luna,
para que en su distancia
vaya escribiendo sus anales Francia.
Ley de los cielos es, y ley constante
amar su semejante:
yo ví á Carlos, y al punto
con la vista el amor me vino junto;
porque aunque implica todo rendimiento
á mi bizarro aliento,
y natural brioso:
yo gallarda, él famoso;
yo atrevida, él valiente;
yo osada, él prudente;
yo fuerte, y él terrible,
venimos á vencer un imposible,
de sujetarse el pecho á humana aljaba,
que como en él mi propio ser miraba,
á mí en él me queria;
y asi, no fue el rendirme cobardía,
que sin faltar en nada á mi respeto,
creció el amor, mas no mudé sugeto.
En este tiempo sí, para matarme,
dió el Rey en festejarme
con tal fuerza de amor, que temerosa
(ó suerte rigurosa!)
que de Carlos perdiese su privanza,
encubrí mi esperanza,
y por fuerza admitieron mis deseos,
si los regalos no, los galanteos.
Mas viendo que si Carlos lo supiera,
era forzoso (ay Dios!) que me perdiera,
por no ofender de su amistad las leyes
(que dar zelos, ó enojos á los reyes,
si no es clara locura,
es un querer morir sin calentura)
para poder con Carlos disculparme,
y tambien desahogarme
del Rey, que me persigue, en esta quinta,
del mar cercana, y de París distinta,
me retiro, avisando solamente
(por galan y pariente)
al Mariscal, para que á verme venga,
sino es que haya en París quien le detenga
Y estando divertida (ay de mí triste!)
con ver un ramillete que me hiciste,
por señas, que al hacerle,
antes de matizarle y componerle,
una cancion cantaste,
en que mis penas y mi amor pintaste,
que como á peticion de los sentidos,
te escuchaban atentos mis oidos,
y por gusto ó juguete
en vuestra mano estaba el ramillete: (moso,
llegué á pensar, que algun gilguero her-
del cristal de tus manos codicioso,
á beber de la mano se bajaba,
y que él era sin duda el que cantaba.

Suspensa, pues, con la cancion suave
(á tiempo que la llave
echaba al sol el dia,
y entre cenizas de cristal moria,
porque ya sus caballos despeñados,
en lugar de la yerba de los prados,
pacian por el Géminis y el Toro
rosas azules, y cogollos de oro)
un paréntesis breve de la vida,
un gustoso homicida,
y un sueño, imagen fuerte
de las amarilleces de la muerte,
me asaltó de improviso, y reclinada
sobre una alfombra de jazmin bordada,
y seis rosas de sol (que por mayores,
eran *primadas de las otras flores*)
la mano en la mexilla, el pie en las hojas,
y en el pecho un diluvio de congojas,
dándole al alma un sueño de barato,
desperdicié la vida por un rato;
pero apenas el sueño,
que los polvos imita del beleño,
en tan confusa calma
me fue bebiendo la mitad del alma,
cuando me pareció que á Carlos vía,
que con el Rey lidiando se oponia,
resuelto y denodado
á su estoque dorado;
y que el Rey ofendido
de verse de un vasallo resistido,
por quedar satisfecho,
de parte á parte le pasaba el pecho,
dejándole en mis brazos palpitando
y las flores con púrpura regando.
No es menester decirte de la suerte,
(ay duro! ay golpe fuerte!)
que lastimó mi vida
aquella roja, y penetrante herida;
tú lo imagina allá, que si has amado,
ya la experiencia te lo habrá enseñado;
y si amor hasta ahora no has tenido,
para cuando le tengas te convido,
que entonces tú dirás, viendo mi llanto,
mártir fue esta muger pues sufrió tanto;
solo diré por muestras del tormento,
que entonces afligió mi pensamiento,
que siendo cosa cierta,
que si estaba dormida, estaba muerta:
es tan grande mi amor, que muerta estaba,
y el amor me duraba;
pues la muerte lloraba compasiva,
mira qué hiciera si estuviera viva.
Entonces yo volviendo al Rey injusto,
quise, para vengar aquel disgusto,
á voces repetir el triste caso;
pero salióme mi dolor al paso,
con pena y furia tanta,
que arrimado al umbral de la garganta,
la voz ya referida,
hizo volver atrás interrumpida;
mas como el corazon era su centro,
y volvió á repetirse hácia allá dentro,
oyóla el corazon, y temeroso
batió las alas, que embargó el reposo;
las potencias temblaron,
los miembros se estiraron,
el Rey se despidió, murió mi dueño,
tenté las flores, acabóse el sueño:
lloré el agüero, repetí la herida;
cobré los ojos, y volví á la vida.
Esta la ocasion ha sido
de mi pena (ay dulce dueño!)

Belerm. Con decirte que era sueño,
á todo te he respondido.

Blanca. Es verdad; pero no puedo
dejar de tener temor,
que no hay tan valiente amor,
que á un azar no tenga miedo:
Carlos vive. y Carlos es
á quien el Rey quiere mas.

Belerm. Pues qué recelando estás?

Blanca. Que le aborrezca despues.

Belerm. Cuando el Rey le aborreciera,
con retirarse á un lugar,
pudiera Carlos pasar.

Blanca. Bien fuera, si ser pudiera;
pero en llegando á ese estado,
el riesgo está conocido,
que un privado aborrecido
nunca para en retirado.

Belerm. Esas son vanas quimeras:
mas por allí viene un hombre.

Blanca. Si es Carlos, qué dulce nombre
él será, baja, qué esperas?
y alúmbrale; pero no,
que yo le quiero salir
con el alma á recibir.

Belerm. La luz con eso sobró,
que tu sol le alumbrará.

Blanca. Dí, Belerma, mi deseo.

Belerm. Si Carlos es el que veo,
Jaques el otro será.

Entranse por una puerta, y salen por otra, y detrás el Rey, el Conde de Suison, y Montení.

Blanca. El Rey era.

Belerm. Bravo azar.

Blanca. No puedo volver en mí.

Rey Vos, Conde, con Montení
(sin dejar á nadie entrar)

me aguardad en esa puerta.
Belerm. Solo faltaba, señora,
que Carlos viniera ahora.
Blanca. Qué importa, si ya estoy muerta?
mas adonde está mi brio,
que así se rinde al temor?
Rey. Perdone esta vez su honor. *ap.*
Blanca hermosa?
Blanca. Señor mio?
Rey. Esa silla es para vos,
esta será para mí.
Blanca. Señor, estoy bien así.
Rey. Estarémoslo los dos.
Blanca. Por no teneros en pie,
hago lo que no debiera. *Siéntanse.*
Belerm. Disimula.
Blanca. Quién digera, *ap.*
cuando mi amorosa fe
á Carlos iba á buscar,
que hallara á quien aborrece?
Rey. Si no me engaño, parece
que estais con algun pesar.
Blanca. Pesar no, que no era justo
tenerle viendo á mi Rey,
á quien debo amar por ley;
solo me habia dado susto,
no siendo cosa que importe,
el veros venir aquí.
Rey. Tambien me le ha dado á mí
el no hallaros en la Corte.
Blanca. Yo me quise retirar
á esta casa de placer.
Rey. Y yo lo quise saber
por escusarme un pesar.
Blanca. El no avisaros fue acaso,
porque volverme pensé.
Rey. Y el venir á veros fue
acaso porque me abraso.
Blanca. Yo no me obligué á asistiros
toda mi vida en París?
Rey. Ni yo pude, si os venís,
obligarme á no seguiros.
Blanca. El venirme yo, es recato
que debo á mi propio ser.
Rey. Y el seguiros yo, querer
no ser á mi vida ingrato.
Blanca. En mí el recato es mas justo,
que en vos la pena amorosa.
Rey No hay en mí mas justa cosa,
que hacer lo que me da gusto.
Blanca. Gusto sin mirar primero
mi honor, no le puede haber.
Rey. Pues en llegando al poder,
puedo yo cuanto yo quiero.
Blanca. Con eso habeis dicho harto.
Rey. Digo cuanto hacer podré.
Blanca. Yo soy Blanca.
Rey. Ya lo sé;
mas yo soy Enrique Cuarto,
que os vine á ver de París.
Blanca. Qué importa, si me agraviais?
Rey. Oh qué escrupulosa estais!
Blanca. Oh qué resuelto venís!
Salen el Mariscal. Jaques, y el Conde de Suison, y Montení, deteniéndole.
Marisc. Para mí jamas ha habido
puerta cerrada.
Suison. Es verdad;
pero está su Magestad
con Madama entretenido,
y no querrá:- *Marisc.* Sí querrá,
si sabe que estoy aquí:
qué piensa Blanca de mí, *ap.*
que estos pesares me da?
Jaques. Señor, con el Rey y el Papa:-
Marisc. Claro está, que si no fuera
el Rey el que allí estuviera,
con espada, silla y capa,
ya yo le hubiera llevado
al primer balcon, y de él,
sin escala ni cordel,
al rio le hubiera echado,
para que si á Blanca amara,
tanto que abrasarse viera,
con el agua que bebiera
el fuego se le templara.
Jaques. Pues apostemos, que el tal
lo daba por recibido.
Rey. Qué es esto?
Marisc. Yo, que he venido.
Blanca. Y venido por mi mal. *ap.*
Levántanse.
Rey. Carlos, Mariscal, pariente
y amigo, que es mas que todo,
vos triste? vos de este modo?
pues qué causa, qué accidente
os detiene, cuando estais
tan cierto del amor mio?
Blanca. Gran miedo tengo á su brio. *ap.*
Rey. A Blanca solo mirais?
sabeis vos algo de aquesto?
Blanca. Señor:-
Rey. Hablad. *Marisc.* Para qué?
yo, señor, os lo diré,
y si no mejor, mas presto.
Jaques. Mira que si el Rey la quiere,
hoy tu privanza cayó. *Al Mariscal.*
Marisc. Diga lo que sienta yo,
y venga lo que viniere.
Blanca, como ya sabeis,

es de aquestos ojos lumbre,
y hame dado pesadumbre
el ver que la visiteis.
Estas son mis confusiones;
perdonad el desenfado,
porque como soy soldado,
gasto muy pocas razones.
Blanca. Notable resolucion! *ap.*
Belerm. Es el hombre de capricho.
Jaques. Por ensalmo se lo has dicho.
Marisc. Esta es mi condicion.
Rey. Y eso os tenia afligido?
Marisc. Claro está, porque nací
inferior, y vos aquí
sois mi Rey.
Rey. Vos lo habeis sido
para mí en mi voluntad,
como ahora lo vereis:
ya, Blanca, dueño teneis.
Blanca. De qué manera?
Rey. Escuchad:
Carlos, cuanto á lo primero
os aviso, que no es ley,
que un vasallo con su Rey
hable nunca tan entero;
porque se debe advertir,
que el Rey se puede enojar,
y enojado hacer bajar
al mismo que hizo subir.
Vos aquí me habeis hablado
con alguna sequedad;
pero mi gran voluntad
el yerro os ha perdonado:
que nunca para consigo
amigo se ha de decir
el que no sabe sufrir
alguna falta á su amigo:
yo lo soy vuestro, y así
(aunque á Blanca amando estoy)
licencia de amarla os doy,
y servirla desde aquí.
Yo os doy á Blanca, mas no,
que si mia fue algun dia,
vuestra fue, porque fue mia;
y así en darla ahora yo,
no aumento mi voluntad,
aunque liberal me muestro,
porque daros lo que es vuestro,
mas es deuda, que amistad.
Y si es que puede haber sido
en algun modo fineza
hacer esta gentileza,
estoy tan agradecido,
al darme vos ocasion
de obligaros y de honraros,
que solo para pagaros
la lisonja de esta accion
(mirad si la estimo bien,
y de vos me satisfago)
Duque de Virón os hago,
y Par de Francia tambien;
para que conozca Francia,
que no solo recibís
premio por lo que servís
con cuidado y vigilancia,
sino que soy tan amigo
vuestro, y tan apasionado,
que despues de haberos dado
la dama que adoro y sigo,
os pago á vos por los dos,
que es lo mas que puede ser,
el darme ocasion de hacer
alguna cosa por vos.
Jaques. En oro, bronce y en jaspe
tu nombre escriba la fama,
pues sabes dar una dama
sin concepto de Campaspe.
Blanca. No estoy en mí de alegría.
Belerm. Por cierto fineza rara!
Blanca. Por esto solo me holgara
de haberle amado algun dia.
Marisc. Los pies, gran señor, os beso
por merced tan singular.
Rey. Levantad: esto es amar,
y amar, Carlos, con exceso.
Cubrios: de su ambicion *ap.*
Cúbrese muy aprisa.
así templaré el estremo,
que le quiero bien, y temo
su terrible condicion.
Jaques. Loco con esto estarás.
Marisc. No estaré tal.
Jaques. Cómo así?
Marisc. Como yo dentro de mí
pienso que soy mucho mas.
Mas ahora me he acordado,
que al de Saboya he de hablar,
voleé volando á avisar.
Jaques. Allá espero. *Vase.*
Belerm. A Dios, soldado.
Rey. Venid, Duque.
Belerm. Gran palabra!
Rey. Con eso pienso obligarle: *ap.*
el parabien podeis darle.
Marisc. Con vidrio un diamante labra. *ap.*
Rey. Por vos á Blanca perdí.
Marisc. Somos amigos los dos.
Rey. Pues no me perdais por vos,
porque os perderé por mí. *Vase.*
Blanca. Liberal el Rey ha estado.

Marisc. Fuera lo demas violencia.
Blanca. Guarde Dios á Vuecelencia.
Belerm. Pegósela de contado.
Marisc. Qué os parece del valor
con que hablé á su Magestad?
Blanca. En habiendo voluntad,
tiene disculpa el error.
Marisc. Con el brio le obligué.
Blanca. Y por él os merecí.
Marisc. Yo para vuestro nací.
Blanca. Lo propio dice mi fe.
Marisc. Sois una imagen de Palas.
Blanca. Sois un retrato de Marte.
Marisc. Qué presencia! *ap.*
Blanca. Qué buen arte! *ap.*
Marisc. Aun no ha menester las galas.
Blanca. Mintió el agüero del sueño,
pues su amigo el Rey le llama.
Marisc. Nadie ha tenido tal dama.
Blanca. Ninguna tuvo tal dueño.
Marisc. Un alma rige á los dos.
Blanca. Y con un alma una ley.
Belerm. Señores, que llama el Rey.
Marisc. Pues á Dios, Madama.
Blanca. A Dios. *Vanse.*

Salen Jaques, y un criado del duque de Saboya.

Jaques. A su Alteza quiero hablar.
Criado. Con el señor de Lafin
está ahora en el jardin.
Jaques. Veníale á visitar:-
Criado. Quién?
Jaques. El Duque de Virón
todo entero.

Salen el Duque de Saboya y Monsieur de Lafin.

Lafin. El Mariscal
es ya Duque:
Duque. Es premio igual,
y digna satisfaccion
de su valor. *Lafin.* Su criado
lo está diciendo. *Criado.* Ya sale
su Alteza.
Lafin. Y asi mas vale,
que asegure su cuidado
vuestra Alteza, y cara á cara
su intento al Conde le diga,
que á ser cómplice le obliga,
si la verdad se declara;
fuera de que el de Virón
tan poco afecto le está
á Enrique, que intentará
cualquiera resolucion.
Duque. Ahora bien, el Duque es hombre
de condicion tan liviana, *ap.*
que si le ofrezco á mi hermana
(que basta solo este nombre)
por mí se ha de aventurar
á cualquiera desatino:
este es el mejor camino.
Lafin. Bien puedes, Jaques, llegar.
Jaques. Llego.
Lafin. Tienes buen humor:
bésale á su Alteza el pie.
Jaques. Jaques soy.
Duque. Jaques de qué?
Jaques. Jaques de Jaques, señor,
lo demas diré otra vez,
que ahora solo imagino,
que soy hijo de vecino
del juego del Agedrez:
y á mayores no me subo,
que en mi parto no sé lo que
pasó, solo sé que un Roque
en una dama me hubo:
algunos jaques la dieron
jaque á mi madre; y asi,
porque del jaque nací,
Jaques á mí me pusieron.
Otros, que mas lo miraron,
viendo que un zaque me hacia
con el vino que bebia,
Jaque ó Zaques me llamaron:
y otros ni Zaques ni Jaques,
sino Traques; y á mi ver,
lo mismo se viene á ser
Jaques ó Zaques, que Traques.
Duque. Di que te den cien escudos.
Jaques. Cien famas tu nombre acuerden:
on, qué de cosas se pierden *ap.*
los hombres, que nacen mudos!
Tu luz, sin anochecer,
eterna bostece risa,
y dures mas que una sisa,
que es lo mas que puede ser.
Lafin. El Duque viene, señor.
Jaques. No es aquel mi amo?
Lafin. Sí.
Jaques. Pues, Jaques, jaque de aqui,
que es necedad superior
(aunque en la comedia usada)
que estando hablando los amos,
nos los fámulos queramos
meter nuestra cucharada.
Vase con Lafin, y Sale el Mariscal.
Marisc. Dos veces a vuestra Alteza
he buscado, y no ha querido
dejarse hallar.
Duque. No he tenido
noticia de esa fineza:

antes ahora soy quien
mas ha deseado hallaros,
como es justo, para daros
del ducado el parabien.
Marisc. Su Magestad conoció
la queja, que de él tenia,
porque no satisfacia
lo que á deberme llegó;
y aun asi no estoy pagado,
que si yo le aseguré
un reino entero, no fue
bastante paga un ducado.
Luego aunque Duque le haga
al Mariscal de Virón,
confiesa la obligacion
el Rey, pero no la paga.
Duque. Eso sí, Duque, eso sí.
débase todo al valor.
Marisc. Nada tengo yo, señor,
que no me lo deba á mí.
Duque. Qué ardimiento! vive Dios,
Duque, que si me acompaña
vuestro valor, no hay hazaña
que no emprendamos los dos.
Mientras le voy empeñando, *ap.*
me declaro, y le provoco.
Marisc. Ya conmigo poco á poco *ap.*
se va el Duque declarando.
Duque. Mil cosas de vos oí,
y aunque algunas las dudé,
luego que os ví y os hablé,
cuanto dudaba creí.
Marisc. Yo no me espanto, señor,
que quien mi valor oyera,
dudara hasta que le viera,
porque ha de verse el valor;
y como son mis despojos
tan grandes para creidos,
no caben por los oidos,
y asi han menester los ojos.
Duque. Muy bien decís; como vos
todos los hombres quisiera:
oh si mi intento entendiera! *ap.*
Marisc. Bien lo pudiera hacer Dios,
pero no lo querrá hacer;
porque á ser todos asi,
como yo no quepo en mí,
no cupieran en su ser,
y soberbios y ambiciosos
de ocupar mayor lugar,
se vinieran á matar
por quedar mas anchurosos.
Duque. En tu valor invencible,
no un ducado, una corona
merece vuestra persona.
Marisc. Todo viviente es posible.
Duque. Si á mi hermana he de casar,
por su esposo he de elegir
quien sepa un reino adquirir,
no quien le sepa heredar;
y haciendo del premio alarde,
le daré mas facilmente
á un caballero valiente,
que á un potentado cobarde.
Marisc. Esto es prometerme aqui, *ap.*
que á su hermana me daré:
perdone Blanca, si ya
á otros ojos me rendí:
que no seré nuevo error,
aunque es nuevo en quien bien ama,
que quiebre la fe á su dama
quien es á su Rey traidor.
Duque. Parece que le ha pesado *ap.*
á Carlos de lo que ha oido.
Marisc. Si pecaba de ofendido, *ap.*
ya peco de aconsejado.
Duque. Qué mal hice en descubrirme!
mas yo lo enmendaré presto. *ap.*
Mesurado os habeis puesto.
Marisc. Yo, señor, de qué?
Duque. De oirme:
y yerran vuestros intentos,
si piensan que en mis acciones
hay segundas intenciones,
ni afectados fundamentos.
Marisc. Hablad claro: vive Dios,
que os entiendo, y me ha pesado
de no haberme declarado,
Duque, primero que vos.
Yo estoy quejoso del Rey;
llevo mal la Magestad,
que no hay ley en la lealtad,
si el valor no guarda ley.
Las guerras de estos paises
andan mas vivas ahora,
el Rey sale al campo, y llora
el alba sobre sus lises.
Los suecos ya conmigo
del todo se han declarado,
y en el campo no hay soldado
que no me llame su amigo.
Hasta el Rey me teme en Francia,
y mirando mi denuedo,
si algo me ha dado, es de miedo,
porque teme mi arrogancia.
Esto es decir, que si quiero
el marquesado os daré
de Saluzio, y aun pondré
á esos pies el mundo entero.
Animo, Duque famoso,

que si como aqui mostrais,
á vuestra hermana me dais,
y yo llego á ser su esposo,
esta valerosa diestra
os dará sin repugnancia.
Duque. Qué?
Marisc. Cuanto quisiereis de Francia.
Duque. Carlos, ya mi hermana es vuestra.
Marisc. Vencí con grandes estremos, *ap.*
mi fortuna se mejora.
Duque. Haga mi negocio ahora, *ap.*
que despues nos avendremos.
Marisc. Cáseme con ella yo, *ap.*
que á lo demas yo me obligo.
Duque. Bueno es Carlos para amigo,
mas para cuñado no: *ap.*
que quien de esta suerte yerra
contra un Rey, que el ser le ha dado,
qué hiciera con un cuñado,
y mas estando en la guerra?
Marisc. Perdone el Rey, que me llame
mi brio á mayor poder:
Cesar, ó nada he de ser,
breve vida, ó grande fama.

JORNADA SEGUNDA.

Tocan cajas y clarines, y dase dentro batalla con mucho estruendo.
Dentr. Marisc. Franceses, llore su estrago
Saboya en este pais.
Dentr. el Rey. Cierra Francia, San Dionís.
Dentro Conde. Viva Saboya y Santiago.
Salen el Mariscal y Jaques.
Marisc. Hoy desde el cerco de Amiens
mi fama á vivir empieza.
Jaques. Hoy me quiebran la cabeza,
si no me valen los pies.
Marisc. Jaques.
Jaques. Señor.
Marisc. Donde vas?
Jaques. Dieron muchos en huir,
y véngolos á decir,
que no vuelvan paso atras.
Marisc. Ah buen Jaques! eso sí,
muestra que eres mi criado.
Jaques. Harto poco lo he mostrado.
Marisc. Cierra Francia: ven tras mí.
Vase, y suena siempre ruido de batalla.
Jaques. Ya te sigo, embiste y calla,
que contigo va un leon:
lleve el diablo el corazon,
que volviere á la batalla.
Señores, todo mortal
lo que sabe ha de emprender,
que lo que no sabe hacer,
claro está que lo ha de errar;
y así yo, como sé huir,
siempre que huyo lo acierto,
mas como jamas he muerto,
no sé si sabré morir.
Ya se aferran, ya se casean,
ya se turban, ya se ofuscan,
ya se embisten, ya se buscan,
ya se zurran, ya se enfrascan,
y yo ceñida la espada,
sin hacer nada en su abono,
como Neron me enmerono,
y no me duelo de nada.
Aunque si el ser muy valiente,
y mas con quien se resiste,
en matar muchos consiste,
ninguno mas justamente
que yo, valiente ha de ser,
sin reñir ni pelear,
porque me voy á espulgar
detras de aquel alcacer. *Vase.*
Sale el Mariscal.
Marisc. Como lo fui disponiendo
se va todo egecutando,
la guerra se va trabando,
y el sol ya se va poniendo.
El Duque me ha prometido,
si aquesta plaza le entrego,
tratar de mis bodas luego,
y esto ya está conseguido;
porque en vez de pelear,
como yo suelo gallardo,
me retiro y acobardo,
para que tenga lugar
el Duque de irse acercando
al castillo con su gente:
que aunque no es accion prudente,
cuando el Rey me está obligando,
no es mucho, si conseguí
mi intento con esta traza,
que yo le quite una plaza
de tantas como le dí.
Sale el Conde de Fuentes.
Conde. Por todo el campo frances
busco al Duque de Virón,
para ver si en la ocasion
tan determinado es,
como en la Corte de Francia;
aquel es, no hay que dudar:
Duque, yo vengo á probar
si es valor ó es arrogancia

la valentía en los dos;
y pues sabeis pelear,
hoy nos hemos de matar
cuerpo á cuerpo, vive Dios.

Marisc. Escuchad, Conde de Fuentes.
Por no haberse convenido
Francia y Saboya, han venido
á las armas: accidentes
son de la guerra y la paz.
Por Saboya España viene,
y en vos la defensa tiene
el Duque mas eficaz.
Si á ganar vais la batalla
por el Duque, yo tambien
que soy su amigo, y á quien
le importa mas el ganalla
por mil razones de estado,
que mas despacio sabreis
del Duque, á quien socorreis;
y asi, pues que ya ha empezado
la ventaja á ser notoria,
y yo no he de embarazalla,
proseguid vos la batalla,
que yo os daré la victoria.

Conde. Ya yo entiendo la sustancia,
y estoy solo apesarado
de haberos, Duque, llamado
soldado y valiente en Francia;
porque es engaño evidente,
y testimonio en rigor,
que el que es á su Rey traidor,
ni es soldado ni es valiente.
La plaza me quereis dar,
que yo no puedo querer,
porque no quiero deber
lo que yo puedo tomar.
Y es agraviar mi valor,
que llegue á pensar mi gente,
que para ser yo valiente
os he menester traidor.
Yo soy español, que basta
para egemplo de lealtad;
y los de mi calidad
somos de tan buena casta
en blasfemar los errores
de los traidores que vemos,
que aun la salud no queremos,
si es por mano de traidores.
Y asi, Duque, haced alarde
del valor, para empeñaros
por el Rey, y disculparos
de traidor y de cobarde,
mientras la guerra prosigo,
que mi fama está enseñada
solo á vencer con mi espada,
no con la de mi enemigo. *Vase.*

Marisc. Qué es lo que escuchando estoy?
yo de cobarde culpado?
yo ofendido? yo agraviado
del Conde de Fuentes hoy?
Confuso estoy y perplejo:
palabra al Duque le dí
de dar la plaza, y si aqui
me retiro y se la dejo,
podrá el Conde, y con razon,
decir despues en España,
que cobarde en la campaña
halló al Duque de Virón.
Pues no, no ha de ser asi,
que en llegándome al valor,
primero ha de ser mi honor,
que otra cosa alguna en mi.
Ea, franceses valientes,
que ya va vuestro caudillo
á defender el castillo
para que el Conde de Fuentes
se desengañe, aunque tarde,
de que mi heroico valor
pudo animarme á traidor,
mas no rendirme á cobarde.
De vencida van los mios,
aunque Enrique los exhorta;
mas si yo quedo, qué importa?
Volved á cobrar los brios,
franceses, pues que venís
á defender vuestra tierra. *Vase.*

Dentro. Guerra contra Francia, guerra.

Dent. Marisc Cierra Francia, San Dionis.

Prosigue el ruido de la batalla con cajas y clarines, y salen con las espadas desnudas el Rey de Francia, el Mariscal y Monsieur de Lafin.

Marisc. Vuestra Alteza se retire,
que yo basto solamente
para toda aquesta gente.

Lafin. Vuecelencia advierta, y mire:-

Rey. Con vos Duque, nadie ignora,
que cobraré lo perdido. *Vase.*

Marisc. Ya, Lafin, os he entendido;
mas esto me importa ahora. *Vase.*

Lafin. Hay tan grande confusion!
cuando todos los demas
se van retirando atras,
solo el Duque de Virón
los llama, anima y detiene,
y por los contrarios entra
matando á cuantos encuentra;
pues esto cómo conviene
con haber asegurado
al Duque de la victoria?

esta es cautela notoria;
si no es que le haya pesado
de hacer este tiro al Rey,
y pretende arrepentido
volver á ser lo que ha sido,
como vasallo de ley?
Y si arrepentido está,
á los que estamos culpados
(aunque de él aconsejados)
mañana nos culpará.
Mas yo lo remediaré
antes que al Rey pueda hablar,
y en este particular
la verdad descubriré.
Yo diré al Rey sus intentos
y traiciones, que son hartas,
hasta enseñarle las cartas
en que de sus pensamientos
me da cuenta y de su amor,
y así dos cosas consigo,
hacerme del Rey amigo,
y vengarme de un traidor. *Vase.*

Vuelven á tocar, y dicen dentro el Rey de Francia, el Duque de Saboya y el Conde de Fuentes.

Conde. La noche se va cerrando,
cubriendo de horror la tierra.
Duque. Déjese por hoy la guerra,
que el dia nos va faltando.
Rey. Hoy Saboya su arrogancia
rinde á la Francia su gloria.
Tocan siempre cajas.
Marisc. Por Francia, amigos, victoria;
Francia viva.
Todos. Viva Francia.

Salen Madama Blanca, Belerma y músicos.

Blanca. Proseguid el tono, y dad
á mi pena alguna gloria,
mientras viene con victoria
Carlos á mi voluntad:
cantad, amigas, cantad,
y templad de mi dolor,
no el valor, sino el temor;
porque llegando á querer,
no hay valor en la muger,
como no tener valor.

Canta Belerma.

Belerm. Ojos, cuyas niñas bellas
esmaltan mil arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.
Músic. No sois soles, aunque dais
rayos mil de vuestro cielo,
porque el sol alumbra al suelo,
y vosotros le cegais.
Belerm. No estrellas, pues no gozais
agena la candidez,
antes bien mas de una vez
al sol le prestais centellas.
Los dos. Ojos, cuyas niñas bellas
esmaltan mil arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.
Blanca. Confieso la obligacion,
mas no el gusto, amiga mia;
que ausencia con alegría
implica contradicion.
Belerm. Y tambien tu condicion
implica el ver como estás.
Blanca. Belerma, no puedo mas,
vencida el amor me tiene:
mas, ay cielo! Jaques viene.
Belerm. De él lo que pasa sabrás.

Sale Jaques con una carta.

Jaques. Dame albricias.
Blanca. Yo, de qué?
tarde la nueva has traido:
dirás que el Duque ha vencido,
y eso, Jaques, ya lo sé.
Jaques. Ya lo sabes?
Blanca. Sí.
Jaques. De qué?
si apenas yo lo sabia.
Blanca. De que supe que salia
á pelear, y bastaba
el saber que peleaba,
para saber que vencia.
Confieso, que el temor mio,
hallándome á mí sin mí,
dudó el suceso, y allí
obraba el amor, no el brio;
mas cobrado el albedrío,
creyó lo que allí dudó,
y si cuando amó temió,
gran diferencia ha de haber
de ser yo como muger,
á ser muger como yo.
Repara en la carta que trae Jaques.
Pero qué es esto?
Jaques. Imagino,
que es un pliego de importancia
para Carlos.
Blanca. Es de Francia?
Jaques. No, que de Saboya vino;
encontróme en el camino
el correo, y me le dió.
Blanca. Cosa, que pensase yo,
que es, Jaques, de alguna dama?
Jaques. Así se engaña quien ama.

Blanca. Dámele, á ver.
Jaques. Eso no,
que me estuvo conjurando
el correo una hora entera,
que en mano propia le diera,
diciendo el cómo y el cuándo.
Quítale el pliego Madama Blanca á Jaques.
Blanca. Necio, no llega rogando
quien puede mandar; y así
no quiero deberte á ti
lo que me puedo deber,
pues lo mismo viene á ser
dársele al Duque, que á mí.
Abre el pliego Madama Blanca.
Pero qué miro! aquí viene
dentro del pliego un retrato:
hermosa muger! ah ingrato!
otra dama el Duque tiene?
Amor, morir me conviene;
honor, de envidia me abraso;
zelos, demos otro paso;
ojos, á leer empecemos;
no digo bien, acabemos
toda la ponzoña al vaso.
Lee Blanca. *Duque mi señor, su Alteza está tan alborozado con la plaza prometida, que en prendas de satisfacerla, me ha dado ese retrato de su hermana y mi señora Doña Margarita: joya es que merece cualquiera resolucion, y mas con promesa de quinientos mil ducados, y la superioridad de Borgoña. A Vuecelencia guarde Dios mil años, para que goce de todo.*

Su menor criado.

Aquí importa mi valor. *ap.*
Belerm. Del Duque estoy admirada.
Blanca Yo no me admiro de nada,
antes lo temí peor,
porque es hombre, y el mejor
siempre así nos ha pagado,
tanto, que fuera acertado,
en pagando su aficion,
llevar de una sinrazon
el dolor adelantado.
Jaques. En grande peligro estoy. *ap.*
Belerm. Por qué el secreto digiste,
y á tu amo descubriste?
Jaques. Porque su criado soy.
Belerm. El Duque.
Jaques. Pues yo me voy
escurriendo, si pudiere.

Sale el Mariscal.

Marisc. Jaques? *Jaques.* Señor.
Marisc. Si viniere
Lafin, bien puedes dejarle
entrar, que tengo que hablarle.
Jaques. Si ella habla, Jaques muere. *ap.*
Blanca. Vete, Jaques.
Jaques. Ya me voy,
y por servirte de veras,
me iré de cien mil maneras.
Blanca. Y tú tambien: loca estoy! *ap.*
Jaques. Ven, Belerma.
Belerm. Tras ti voy.
Vanse Jaques y Belerma.
Marisc. Si os tuvo triste mi ausencia,
ya vuelvo á vuestra presencia.
Blanca. Causa hay mayor: ay de mí! *ap.*
Marisc. Mayor que mi ausencia?
Blanca. Sí,
escúcheme Vuecelencia.
Señor Duque de Virón,
porque toda Francia sabe
la antigüedad de mi casa,
y el honor de mi linage,
no acordaré á Vuecelencia
los blasones inmortales,
que á pesar del tiempo duran
en mi nobleza y mi sangre;
desde mí he de comenzar,
que no quiero que me amparen
aquellas primeras dichas
en que yo no tuve parte.
Al paño el Rey, el Conde de Suison, Monsieur de Lafin y Montení.
Lafin. Esta licencia traemos
los que tenemos las llaves
de los secretos del Duque;
y pues á desengañarse
viene vuestra Magestad,
aquí encubierto se aguarde,
y de su boca podrá
hacer el último examen.
Rey. Ah traidor! ah falso amigo!
qué injustamente agraviaste
la Magestad mas piadosa,
y la voluntad mas grande!
Lafin. Hablando está con Madama.
Rey. Pues retiraos á esta parte,
y esperemos que se vaya,
para que á solas os hable.
Blanca. Cuando era Carlos Virón
no mas, tremolando al aire
las cinco francesas Lises
contra las flamencas Haces,
le quise bien, porque el brio,

la fama, el valor y el arte,
sino del todo rendirme
pudieron algo inclinarme;
y no fue tanta fineza
el llegar á enamorarme
como el llegar á decirlo:
que una muger de mis partes
puede amar como muger,
mas no confesarlo á nadie.
Crecieron con las hazañas
las honras, y en un instante,
desde Mariscal á Duque
le subió el Rey, Dios le guarde,
para premio de valientes
y castigo de cobardes.
A este tiempo, Señor Duque,
dió el Rey en galantearme,
y yo en no admitir su amor:
si esta obligacion es grande,
el que fuere agradecido,
la pondere y la repare;
porque ver una muger
á un Rey, que de amores arde,
padece, suspira y ruega,
y tras esto despreciarle,
aunque á muchas fue posible,
no ha sido á todas muy facil;
mas yo que mi honor miraba,
y queria en otra parte,
hice por mí esta fineza,
no quiero que me la pague.
No siento que Vuecelencia
(tome aquestas cartas) trate
con Margarita, la hermana
del de Saboya, casarse;
no siento que me desprecie,
que me olvide y que me mate,
que esto solo puede hacerle
ingrato, pero no infame;
solo siento que á su Rey
niegue el debido homenage,
que debe un vasallo noble
á las leyes con que nace.
Ha menester Vuecelencia,
para que el Duque le case
con su hermana, ser traidor?
no es Par de Francia? no vale
por su valor todo el precio
de esa Margarita? Trate
públicamente sus bodas,
que encubrirlas, es juzgarse
por muy desigual al Duque,
pues en los trueeos que hace,
le da una traicion encima
para poder igualarse.
Demas de esto, Vuecelencia
vende su patria y su sangre,
y lo que le dan por ello,
no es precio considerable,
ni el Duque por tal le tiene,
pues sabiendo que es infame
y que es traidor á su Rey
á su hermana quiere darle:
luego á su hermana no estima,
que si estimara sus partes,
claro está que no quisiera
que con un traidor casase.
Carlos, Duque, ahora es tiempo
de atajar mayores males,
quepa dentro de lo justo
el valor, no sepa nadie
que ha podido ser traidor
quien nunca ha sido cobarde:
estréchense en lo posible
las presunciones, y anden
lo posible y lo animoso
parecidos si no iguales,
que en lealtades animosas,
es hazaña mas loable
caber donde el amor entra,
que entrar adonde no cabe.
El amor de Margarita,
ya que os ciegue, no os engañe;
dad lugar á que el consejo
elija la mejor parte,
ó al Rey decid vuestro amor,
que es vuestro amigo tan grande,
que por daros ese gusto
hará con Saboya paces.

Rey. Ya no tengo que saber,
bien puedo desembozarme.

Repara Blanca con el Rey.

Blanc. Mas qué es esto? el Rey me escucha, aparte.
que ha entrado sin que avisase:
si me ha oido? mas qué importa?
yo mudaré de lenguage.
Qué podrá pedir al Rey
vuestro valor que no alcance?
Vos le habeis vencido (ah cielos!)
mas batallas que ciudades
heredó de sus mayores:
si nuevos rebeldes salen
á su corona, vos solo
bastais para castigarles.
Qué importa, Carlos, que á Francia
se oponga Saboya, y marchen
contra su invicta corona
el Turco, el Persa, el Alarbe,
si cuando en estos paises
tremolan sus estandartes,

cuantas batallas presentan
tantas lisonjas os hacen?
Marisc. Bueno está: Blanca, señora,
Madama hermosa, no pases
adelante en mis hazañas,
porque es un nuevo linage
de correccion vergonzosa
reñirme con alabarme.
Es verdad, que yo intenté::-
Blanca. Ya sé yo lo que intentastels:
él se declara, y se pierde: *ap.*
oh quién pudiera avisarle
de que el Rey le está escuchando!
Marisc. Si las cartas que miraste::-
Blanca. Calla, Duque, que te pierdes,
enmudece, que no sabes *ap.*
quien te escucha: mejor es,
para poder atajarle,
decírselo claramente.
Aunque no me satisface
á mis zelos Vuecelencia,
sepa, que el no replicarle
es porque el Rey nos escucha.
Salen el Rey, y Monsieur de Lafin.
Quejas son de dos amantes *Al Rey.*
las que vuestra Magestad
ha escuchado, no se espante,
porque quiero bien al Duque;
y aunque la culpa no es grande,
(pluguiera á Dios) soy muy fina,
y presumo yo que vale
mas que muchas Margaritas
un corazon de diamante.
Marisc. Perdido soy si lo oyó. *ap.*
Rey. Heroica muger!
Lafin. Notable!
Blanca. Ay Duque! mucho te temo: *ap.*
plegue á Dios que no te arrastren
tus locos, tus ciegos brios,
y en bien tus soberbias paren;
porque para los traidores
guarda, dispone y reparte
el Rey la justicia, y Dios
veneno, cuchillo y carcel. *Vase.*
Marisc. Vos aqui?
Rey. Soy vuestro amigo,
aunque mal pagado soy:
no os altereis.
Marisc. No lo estoy,
porque estoy siempre conmigo.
Rey. El parabien vengo á daros
de la victoria pasada,
por vos, Carlos, alcanzada.
Marisc. Pues no fue por obligaros. *ap.*
Rey. Solo á vos se debió todo.
Marisc. Y al de Fuentes.
Rey. Pues por qué,
si nuestro contrario fue?
Marisc. Por eso; porque de modo
me piqué de ver su brio,
que tuve envidia á su ardor,
que para ser el mejor,
solo le faltó el ser mio;
pues peleaba de suerte,
y mataba de manera,
que dar lecciones pudiera
al estoque de la muerte;
y aun en parte aventajó
de la muerte á los enojos,
porque el matar con los ojos
la muerte no lo alcanzó:
y él andaba tan valiente,
sin poder nadie imitarle,
que de achaque de mirarle
murió muchísima gente.
Yo entonces, viendo su aliento,
y alzando en alto la espada,
que pudiera encanecida
dar temor al firmamento,
vestido de mas renombres,
que estrellas el cielo rige,
Dios os perdone, les dige
á mas de docientos hombres:
y tan presto el alma dieron
entre amargos parasismos,
que parece que ellos mismos
de bien á bien se murieron.
Solo el Baron de Tellí,
valiente se resistió
un gran rato; pero yo,
que descubierto le ví,
le dí tan diestro un revés,
que, á pesar de su destreza,
halló el cuerpo sin cabeza,
y la cabeza á sus pies:
pero como el corazon
quedo entero, aunque difunto,
moviéndose todo junto
cayó con tal presuncion,
que tendido sin concierto
por la tierra, y alargando
los brazos de cuando en cuando
sobre tanto cuerpo muerto,
las cabezas de manera
tentaba, que á entender daba,
ó que la suya buscaba,
ú otra que bien le viniera.
Con esto volví á ganar
lo perdido, y atrevido
en sangre y polvo teñido,

sin cesar ni descansar,
herí, cobré, peleé,
conquisté, gané, rendí,
rescaté, triunfé, vencí,
retiréme y descansé.
Y asegurando mi fama,
que era en todo peregrina,
por despicar mi mohina,
me vine á ver con mi dama.

Rey. Todo lo que habeis contado
haceis siempre en la campaña;
y asi, de una sola hazaña
vengo, Carlos, admirado.

Marisc. De una sola, cuando apoya
tantas vuestra misma gente?

Rey. No fue hazaña ser valiente,
sino serlo con Saboya.

Marisc. Cuando os sirvo de manera
que admiro á cuantos me ven,
cualquier malicia es desden:
y vive Dios si supiera
la lengua que os ha informado::-

Rey. Hablad mas quedo.

Marisc. Sí haré,
y hablando quedo diré
que se la hubiera arrancado:
por aquesto solamente
envidio á quien sirve al Rey
de España.

Rey. Es muy justa ley.

Marisc. Es el Cesar mas prudente,
y que mas de sus vasallos
fia cualquiera esperanza,
que es premio la confianza,
y los premia con honrallos.

Rey. Mucho á España os inclinais.

Marisc. Si á otro de servir hubiera,
solo al Rey de España fuera.

Rey. Justamente le alabais
de prudente y generoso,
que á todos nos está bien;
pero alabadle tambien
de Rey tan escrupuloso,
y en la lealtad tan prolijo,
que á un hijo de Montení,
que me está escuchando aqui,
porque inquietaba á su hijo,
y hablaba con él de espacio
en cosas de poco honor,
aun antes de ser traidor,
le dio garrote en palacio. *Vase.*

Marisc. Mudo he quedado y cobarde
sin poder disimular.

Lafin. La vida le ha de costar *ap.*
la victoria de esta tarde. *Vase.*

Marisc. Estas amenazas son,
y amenazas declaradas:
mil saltos, mil aldabadas
me está dando el corazon.
El Rey sospechoso está
de mi verdad y de mí,
que pues él me trata asi
informado viene ya:
pues qué dudo cuando estoy
sin remedio, y el remedio
está en poner tierra en medio?
Esto ha de ser, yo me voy:
yo me voy? pero qué digo?
yo soy quien hablo? estoy loco:
yo me estimo á mí en tan poco,
que al recelo del castigo
me rindo? No soy yo quien
puso á toda Italia miedo?
y quien con mi nombre puedo
ponerle al mundo tambien?
Pues en qué temor me fundo?
afuera recelo vano,
que con la espada en la mano
no puede prenderme el mundo:
porque no ha de haber Alcalde,
Chanciller ni Mariscal,
que consigo esté tan mal
que quiera morir de balde.
Pero supuesto que el Rey
duda ya de mi lealtad,
aunque es bárbara impiedad
contra toda humana ley,
para asegurar mi vida
del peligro que me espera,
esta vez, aunque no quiera,
tengo de ser su homicida,
y en su tienda, vive Dios,
la vida le he de quitar.

Sale el Rey.

Rey. A quién habeis de matar?

Marisc. A quien me ofende con vos:
no sé qué miedo servil *ap.*
me acobarda y me detiene,
cuando la ocasion me viene
á las manos: hoy gentil
con la muerte batallando
apenas temí su nombre,
y aqui de estar con un hombre
parece que estoy temblando;
mas es mi Rey, claro está.

Rey. Mirad, Duque, aquella puerta.

Marisc. Ya la he visto, y está abierta.

Rey. Pues cerradla, y dadme acá
la llave.

Cierra la puerta, y dale la llave al Rey.
Marisc. Ya está cerrada.
Rey. Fuerte batalla me espera. *ap.*
Marisc. Pues aunque á sus manos muera
no he de rendirle la espada. *ap.*
Rey. Son las culpas tan inmensas *ap.*
del Duque y de su ambicion,
que parece que el perdon
se ahoga en tantas ofensas;
pero mi amor infinito
de suerte estima su vida,
que como perdon me pida
le perdonaré el delito;
mas si en ser amigo falso
persevera, vive el cielo,
que le he de cortar el vuelo
en las tablas de un cadalso.
Ya estamos solos los dos.
Marisc. Si señor (y yo sin mí) *ap.*
mas á qué venís aquí?
Rey. Solo á estar solo con vos.
Marisc. Pues esa qué novedad
viene á ser en mi privanza?
Rey. El no tener confianza,
Carlos, de vuestra amistad,
y ser yo tan alentado,
tan valiente y animoso,
tan gallardo y generoso,
y de mí tan confiado,
que sabiendo que buscais
ocasion á una traicion,
os vengo á dar la ocasion
para ver si la lograis.
Marisc. Yo contra vos?
Rey. Advertid
que vengo bien informado.
Marisc. No venís sino engañado.
Rey. Asi será; mas oid:
Carlos, yo he venido aquí
á hablaros claro, y deciros
que sois un mal caballero.
Marisc. Quien digere::-
Rey. Yo lo digo,
y sé que digo verdad,
porque yo propio lo he visto;
por señas que al ir leyendo
(*sí por Dios*) vuestros delitos
mil colores me salieron:
que hay delitos tan indignos
de que los cometa un hombre,
preciado de bien nacido,
que aun el que no los ha hecho
se corre solo de oirlos.
Dirá alguno, que supuesto
que lo sé y no los castigo,
ú de miedo los perdono,
ú de malicia los finjo.
Y respondo, cuanto al miedo,
que se engaña el que atrevido
piensa que tiemblan los Reyes:
porque un Rey, cuanto al dominio
que tiene sobre los suyos
por el puesto y el oficio,
es un retrato de Dios,
y Dios á nadie ha temido;
porque si temer pudiera
(que es un ciego barbarismo)
dejara Dios de ser Dios,
y le fuera su enemigo.
Cuanto al segundo argumento,
de que yo pueda fingirlo,
respondo con estas cartas.
Arrójale unas cartas.
Marisc. Cielos, Lisi me ha vendido! *ap.*
Rey. Sia razon os admirais
de que Lisi lo haya dicho,
que si él es amigo vuestro,
y teneis por mal estilo
que siéndolo os delatase,
vos tambien, siéndolo mio,
con el Duque de Saboya
hablasteis en mi perjuicio,
y soy Rey de mas á mas:
luego no es mucho delito,
pues hay traidor para un Rey,
que le haya para un amigo.
Duque, yo estoy enterado
de todos vuestros designios,
sé los tratos con Saboya,
órdenes, prendas y avisos
que habeis dado contra mí
por palabra y por escrito;
y todo aquesto por qué?
porque os dí el mejor oficio,
porque os hice Par de Francia,
porque os igualé conmigo,
porque os dí nombre de Grande,
porque os honre con cubriros,
porque os ofrecí mi dama,
fineza que nadie hizo,
y en fin, porque os quise bien,
que es sombra del beneficio
la ingratitud; y bastó
para haceros mi enemigo
solo haberos obligado,
porque estamos en un siglo
que el hacer bien se castiga
como si fuera delito.
Supuesto, en fin, que sé cuanto
habeis hecho y habeis dicho,

y la menor de las culpas
merece en tela de juicio,
ú dar la boca á un veneno,
ó la garganta á un cuchillo,
yo, imitando á Dios en todo,
blando, piadoso y benigno
os la quiero perdonar,
con calidad que rendido
me pidais perdon de todas,
y me digais los que han sido
tambien culpados con vos.
Pero qué es esto que miro!
Vuelve el Mariscal la espalda.
las espaldas me volveis?
Marisc. Bien es yo que si le digo *ap.*
al Rey la verdad de todo,
como aquí lo ha prometido,
me ha de perdonar; mas quién
ha de estar tan mal conmigo,
que la infamia que intentó
ha de confesar él mismo?
que en agravios semejantes
tengo por menor delito
el atreverse á intentarlos,
que el llegar á referirlos:
y fuera de aquesto, soy
de natural tan altivo,
que quiero mas de su enojo
probar constante el cuchillo,
que no gozar el perdon
estando á sus pies rendido.
Rey. Carlos, si es esa verguenza
de miraros convencido,
eso por descargo basta.
Marisc. No es vergüenza, ni lo ha sido.
Rey. Pues qué puede ser?
Marisc. Pesar
de escuchar agravios mios:
quien llega á pedir perdon
confiesa que ha delinquido;
mas yo que estoy inocente,
ni le quiero ni le pido,
que es desaire el rendimiento
cuando la calumnia es vicio.
Rey. Asi será; pero ahora
lo que importa es reduciros
á hablarme con claridad,
para darme algun motivo
de que crea yo siquiera
que os habeis arrepentido.
Marisc. Eso ha de ser imposible
el recabarlo conmigo,
porque no tengo de qué.
Rey. El busca su precipicio: *ap.*
mirad que tengo estas cartas
que vos propio habeis escrito.
Marisc. Esas cartas son supuestas
de alguno que mal me quiso.
Rey. Mirad que hay informacion.
Marisc. Será de falsos testigos.
Rey. Mirad que lo dijo Blanca.
Marisc. Son zelosos desvaríos.
Rey. Mirad que lo digo yo,
y basta que yo lo digo.
Marisc. Vuestra Alteza no lo sabe,
que eso es hablar de capricho,
y débame esta respuesta
cuando agraviado me miro.
Rey. Mirad que os está muy bien
que seamos muy amigos.
Marisc. Y á vos tambien, porque tengo
vuestros reinos defendidos.
Rey. En efecto, estais resuelto,
Duque, á no querer rendiros,
ni querer darme este gusto?
Marisc. En lo que he dicho me afirmo.
Rey. Pues á Dios, á buenas noches:
yo le cortaré los brios. *Vase.*
Marisc. Enojado se va el Rey
viendo el teson que he tenido
en no rendirme á sus plantas,
y revelarle el motivo
de aquesta conjuracion,
de que la culpa ha tenido
Lafin; pero vive el cielo,
que antes que en los blancos vidrios
del mar el sol se retire,
y sacudiendo los limpios
cendales que encarrujó
el alba, de quien es hijo,
beba helada la bebida
en claveles y jacintos,
tengo de darle la muerte,
y despues, como en un rio,
he de beber de la sangre
de su pecho fementido;
pero entre tanto que el dia
da de mi venganza indicios,
porque me siento cansado
del militar egercicio,
en esta silla me quiero
reclinar; y despedido
de Blanca que está zelosa,
y del Rey que está ofendido,
permitir á mis fatigas
algun género de alivio.
Recuéstase en una silla, y salen el R
de Francia, el Conde de Suison, Mon
tení y soldados.
Suison. Vuestra Magestad advierta::

Rey. Conde, ya lo tengo visto:
á mi reino, á mi corona,
á mi quietud, á mis hijos
y á mis vasallos importa
hacer lo que tengo dicho.
El Mariscal entre sueños.
Marisc. Basta ya, frances valiente,
basta ya, Enrique invicto,
déjame que me defienda,
que no es hazaña de brio
matarme atadas las manos,
y difuntos los sentidos.
Suison. Entre sueños está hablando.
Rey. Y hablando, Conde, conmigo:
idle presto á despertar.
Suison. Señor::- *Rey.* No vais?
Suison. Ya te sirvo:
Duque de Virón.
Marisc. Pues muera
el aleve que ha querido
ensangrentar :- mas qué es esto?
Despierta el Mariscal.
ya mi muerte pronostico:
Señor? Conde? Montení?
Suison. Todos son vuestros amigos.
Rey. Dad al Conde de Suison
la espada.
Montení. Raro prodigio!
Marisc. La espada, señor?
Rey. Sí, Duque.
Mira el Mariscal á todas partes, como que quiere escaparse.
Marisc. Los pasos estan cogidos, *ap.*
ya no me puedo escapar.
Rey. No repliqueis.
Marisc. No replico;
mas la espada solo á vos
el tomármela permito.
Rey. Pues dámela, Duque, á mí.
Marisc. Ya, señor, me la desciño:
tome vuestra Magestad.
Toma el Rey la espada, y dásela al Conde de Suison.
Rey. Llevadle ahora al castillo
de la Bastida.
Marisc. Yo preso?
por qué causa, ó qué delito?
Rey. Para saber solamente
cual de los dos ha mentido.
Marisc. Yo á la Bastida? mirad::-
Rey. No os altereis, que imagino
que habeis de salir muy presto,
mas no sé si será vivo.
Marisc. Claro está, porque en entrando
me daré muerte yo mismo.
Rey. Carlos, tú mismo cerraste
á la piedad los oidos;
perdone el amor, que ya
soy tu juez, y no tu amigo:
Conde, ya entendeis, cuidado:
venid, Montení, conmigo.

JORNADA TERCERA.

Salen el Mariscal y el Conde de Suison.
Suison. Ya vino su Magestad,
y tambien con él los jueces.
Marisc. En este puesto otras veces
tuve yo su autoridad;
pero hasta el fin de la vida
no hay seguridad alguna.
Suison. Sombras son de la fortuna
la privanza y la caida.
Marisc. No ha sido fortuna en mí,
Conde, lo que ahora paso,
pues la fortuna es acaso,
y esto yo lo pretendí;
porque viendo que al privar
se sigue siempre el caer,
lo que el hado habia de hacer
me quise yo negociar,
para que no se alabara
de que se atrevió á mi esfera,
pues si yo no me cayera
la fortuna no me echara.
A muerte estoy condenado,
y hoy se cumple la sentencia,
mas por eso á la clemencia
de los Pares he apelado:
que aunque el cadalso está hecho
y toda Francia lo espera,
es mi orgullo de manera,
y tan bizarro mi pecho,
que no he podido creer
sino que es estratagema
del Rey para que le tema,
y que al fin me ha de absolver;
porque fuera de ser justo
Enrique, me quiere bien,
y le está muy bien tambien
no hacerme á mí este disgusto.
Esto es, Conde, cosa clara
que lo debe hacer asi
por sí, cuando no por mí;
porque si yo le faltara
cualquier triste potentado
á su nombre se atreviera,
y vilmente le rindiera

dentro y fuera de su estado.
Luego si con mi persona,
con ser sus contrarios tantos,
le saco libre de cuantos
se atreven á su corona,
claro está que ha de querer,
pues ha de querer reinar,
quererme á mí conservar
para conservar su ser.
Suison. Mal el Duque de Virón *ap.*
ha entendido la sentencia.
Marisc. Qué decís?
Suison. Que Vuecelencia
en todo tiene razon;
mas ya han abierto la sala
y ha salido el Canciller.
Sale el Canciller.
Chanc. Pésame, señor, de ser
quien os trae nueva tan mala.
Marisc. Cómo mala?
Chanc. Es la peor
que pudisteis esperar.
Marisc. Pues mándase confirmar
la sentencia? *Chanc.* Si señor.
Suison. Absorto y fuera de sí *ap.*
le ha dejado aquesta nueva.
Marisc. Y es en la plaza de Greva
mi tragedia? *Chanc.* Señor, sí.
Marisc. Y ha de ser luego?
Chanc. La ley
asi lo manda.
Marisc. Es verdad;
mas no esperé tal crueldad
de los jueces ni del Rey.
Aquí acabó mi ambicion,
mi cólera y mis enojos,
que con la muerte á los ojos
nadie tuvo condicion:
mal haya mi loco brio
que me ha puesto en tal estado!
el corazon se me ha helado:
mas ánimo, valor mio,
que siendo fuerza el morir,
pues lo quiere asi mi suerte,
no me ha de rendir la muerte.
Volved, amigo, á decir
al Rey mi señor, que ya
que gusta de que yo muera,
que lo trace de manera,
por lo bien que le estará,
que quede mi cuerpo entero,
pues hay en palacio espadas
con que darme de estocadas,
porque de suerte le quiero
que intento entero quedar;
porque si acaso despues
el flamenco ó el ingles
lo quisiere atropellar,
pueda á la guerra consigo
(como otras veces) llevarme,
pues solo con enseñarme
triunfará de su enemigo;
porque de mi heroico pecho
venga Francia á confesar,
que muerto tengo de estar, *ap.*
y le he de ser de provecho.
Chanc. Ya sale su Magestad,
y se lo podreis decir.
Marisc. Por lo menos me ha de oir,
cuando no tenga piedad.
Salen el Rey y Montení.
Rey. Dios sabe con qué dolor
he quedado, Montení:
mas esto ha de ser asi.
Marisc. A vuestros pies, gran señor,
De rodillas.
que el cielo mil años guarde,
está quien pide clemencia
de tan injusta sentencia.
Rey. Duque de Virón, ya es tarde. *ap.*
Marisc. Si es tarde para el perdon,
no lo será para oir
á un hombre que va á morir.
Rey. Duque, ya no es ocasion.
Hace que se va.
Marisc. Pues asi, señor, os vais
sin escucharme, siquiera
porque será la postrera
vez que os canse? Poco amais,
poco amais, señor, á quien
por vos la vida arriesgó.
Suison. Señor:-
Rey. Ya he dicho que no.
Montení. Señor:-
Rey. Esto me está bien.
Echase á los pies del Rey.
Marisc. Pues ya que no basta el ruego,
que siempre ha podido tanto,
baste, señor, este llanto
con que vuestras plantas riego;
porque de ellas abrazado,
y puesta mi indigna boca
en el suelo que las toca,
que es de mi vida el sagrado,
ó me habeis de asegurar
el hacerme este favor,
ó hecho pedazos, señor,
de aqui me han de levantar.
Rey. Esto ya es apretar mucho. *ap.*
Suison. Qué lástima!

Montení. Qué tristeza!
Marisc. Qué responde vuestra Alteza?
Rey. Hablad, Carlos, que ya escucho.
Marisc. Aunque no es, Príncipe excelso,
de personas generosas
el referir beneficios,
ni el contar hazañas propias,
en esta ocasion, en esta
angustia, en esta afrentosa
muerte, que me está aguardando,
poco importa, poco importa
estragar la bizarría
por redimir la deshonra.
La naturaleza apenas
en el papel de mi boca
escribió con un renglon
cuatro lustros á mi aurora,
cuando á vuestro antecesor,
que en campos de luz reposa,
un religioso atrevido,
pasando en una carroza,
mató de una puñalada:
que aun las Reales Personas
no pueden asegurarse,
mientras mortales se nombran,
ni de una pluma atrevida
ni de una mano traidora.
Heredasteis vos el reino;
pero no tan sin zozobra
que no intentase el de Humena,
con los de la liga toda,
resistir la posesion.
iras mezclando y discordias
entre los vuestros: yo entonces
(aqui empiezan mis historias)
como el sol, que mayorazgo
es de las demas antorchas,
y rayo á rayo desmiente
cuantas se le oponen sombras,
deshice todas las nieblas
de su ambicion cautelosa,
y á pesar de los rebeldes
os puse bien la corona,
que se os estaba cayendo
de la cabeza por horas.
Conociendo mi valor
ocupasteis mi persona
en la guerra, donde he sido
otro Curcio, que á las bocas
de las minas me arrojaba;
pues con cólera animosa
apartando muchas veces,
porque la vista me estorban,
con esta mano las balas,
y con esta las pelotas,
me entraba por los contrarios
como por mi casa propia.
Al castillo de Viana,
que estaba como una roca
guarnecido de escopetas,
de balas, tiros y bombas,
le asalté con dos mil hombres,
que me siguieron en tropa;
y porque los enemigos
quemaron las cuerdas todas,
con que los mios subian,
á pesar de las pistolas,
abrazándome de cuantos
estaban á la redonda,
y arrojándolos al foso,
fueron tantos en un hora
los que cayeron del muro
sobre la playa arenosa,
que les sirvieron de escala
á los que estaban de escolta,
y asi no fue necesario
buscarles otra marona.
Rendí despues á Corbel,
á Noyon, á Turia y Corbia,
siendo siempre yo el primero
que las lises vencedoras
sobre los muros ponia
para aclamar la victoria.
Al Marques de Barambon,
rebelde á vuestra corona,
prendí en el cerco de Artois,
y dejándole en custodia,
á Tellí desmantelé,
y con ser mi gente poca,
de Amiens, del Burgo y la Brera
las plazas rendí famosas:
quitándole al de Mansfelt
toda una escuadra española
y las vituallas, rompí
una mañana su escolta:
ellos dicen por desgracia,
pero yo pienso otra cosa.
Prendí á Don Alonso Idiaquez
junto al Agra: accion que monta
mas que todas las hazañas
que de Camilo se copian.
porque él no venció españoles,
y yo sí, que el nombre sobra.
En el socorro de Orliens,
por ser la tierra fragosa,
tropezó vuestro caballo,
y cayendo en una hoya,
se echaron de los bridones
ocho corazas de Escocia,
para haceros mil pedazos:

mas yo, con lealtad piadosa,
viendo á mi Rey en el suelo,
sobre vuestras armas propias
me arrojé desde el caballo,
y recibí de esta forma
ocho heridas sin defensa.
Doblemos aquí la hoja,
que puede para despues
importarme esta memoria.
Diez ciudades, veinte villas,
que por su Rey os adoran,
y mas de treinta lugares
de Flandes y de Saboya
he añadido á vuestro imperio,
y solo me pesa ahora
de no haberos dado cuantas
Africa tiene y Europa.
Treinta y ocho heridas tengo,
cuyas cicatrices todas,
repartidas por el cuerpo,
porque usan todos ahora
acuchillar los vestidos,
parecen unas con otras,
ó galas de mi coraje
ó nuevo uso de mi honra.
Estas son, señor, las deudas,
las finezas y las cosas,
que en vuestro servicio he hecho,
y la culpa (quién lo ignora?)
es un pensamiento solo,
una altivez engañosa,
y una necia fantasía
de pensar con vanagloria,
que pudiera yo ser mas
si me casara en Saboya.
A la culpa que me imputan
de que en el Rhin con maña osa
industria os quise matar
pasando una puente angosta,
satisfago con volver
donde doblamos la hoja
de las pasadas heridas;
porque quien tan á su costa
os sirvió de brazo izquierdo,
parece imposible cosa,
que contra esa misma vida
intentase accion tan loca.
No tengo vena en mi cuerpo
que no se haya visto rota
en defensa de mi patria,
y en agravio de las otras.
Diez mil enemigos vuestros
(aunque la envidia me oiga)
he muerto con estas manos
en asaltos y victorias;
y si no son mas de diez,
es providencia ingeniosa,
porque no riñan los dedos
sobre el partir lo que sobra:
y todas estas hazañas
pongo á cuenta de una sola
imaginacion, que tuve
amagada en la memoria.
No es valor poder matar,
cuando hay un Dios que perdona,
ni el quitarme á mí la vida
os puede dar mayor gloria;
pues lo mismo hace una piedra
despedida de una honda,
un veneno un susto, un aire
y un rayo con lo que topa;
y no es en ellos ninguna
alabanza misteriosa,
antes bien, como instrumentos
de la pena que se llora,
ó la piedad los maldice,
ó el enojo los destroza.
Si pensais que es este miedo
de la muerte, y que me asombra
su triste y fiero semblante,
es engaño, que no postra
la muerte un ánimo noble;
fuera de que es tan penosa
algunas veces la vida,
que si á buena luz se nota,
fue menester que cercara
Dios la muerte de congojas,
para que no la tomasen
muchos con sus manos propias.
No es miedo, no, de la muerte,
señor, el que me apasiona,
sino miedo de la infamia,
que á vueltas de ella se compra;
mas si es forzoso que muera
(aunque será cosa impropia,
que prefiera un pensamiento
tantas generosas obras)
muertes hay que no hacen ruido,
abráseme una ponzoña
las entrañas, un estoque
venas y arterias me rompa,
ú déjenme en una cueva
la mas triste y la mas honda
sin comer, porque la hambre
que nuestro calor sufoca,
me vaya dando la muerte
con una congoja y otra.
Mi Rey, mi señor, mi amigo,
ya no pido que me oiga
vuestra piedad para darme

la vida que ya me estorba,
sino que no sea la muerte,
señor, tan escandalosa.
Pero si deudas, heridas,
finezas, riesgos, mejoras,
lagrimas, obligaciones,
servicios y buenas obras
no bastan, y es el rigor
mas que la misericordia,
venga al punto y al instante,
al momento y á la hora
el verdugo; y si faltare
para hacer la ceremonia,
yo me echaré de los hombros,
señor, mi cabeza propia,
y quizá mejor que él mismo,
que por oficio las corta,
porque tengo el brazo hecho
á cortar las que os enojan,
y lo hará bien con la mia,
como ensayado en las otras.
Ea, mátenme al momento,
que aunque se anegue mi honra,
y la murmuren despues
las naciones mas remotas,
sabiendo que es gusto vuestro,
y lo teneis por lisonja,
iré contento al suplicio,
y á la espada cortadora
daré la mejor cabeza,
que de plumas y garzotas
se vió coronada en Francia,
para que el mundo conozca
mi fe, mi amor, mi obediencia,
y en mi postrimera hora
miren como en un espejo,
los que supieren mi historia,
de la privanza mayor
la caida mas costosa;
de la mas alta fortuna
la mudanza mas traidora;
de la mayor presuncion
la humildad mas prodigiosa;
del Monarca mas piadoso
la ingratitud mas notoria;
y del hombre mas valiente
que tuvo Grecia ni Roma,
la muerte mas desdichada,
y la vida mas heroica.

Rey. El alma me ha traspasado, *ap.*
y á poderlo hacer sin nota,
le perdonara otra vez;
mas ya la misericordia
no tiene lugar aqui,
perdone el amor ahora.

Marisc. Pues qué respondeis, señor?

Rey. Lo que es justo que responda,
que trateis de recogeros,
que es lo que mas os importa. *Vase.*

Suison. Sabe Dios el dolor mio!
el cielo, Duque, os socorra. *Vase.*

Montení. En lance tan apretado,
lo que callare la boca
dirán de parte del pecho
los ojos con lo que lloran. *Vase.*

Chanc. Por no atormentaros mas
ni hablaros en estas cosas,
os dejo. *Vase.*

Marisc. Ya se fueron todos,
y el alma está tan absorta,
que lo mismo que está viendo,
parece, cielos, que ignora.
Yo condenado á morir
sin aparato ni pompa?
yo en las manos del verdugo,
que al redopelo me coja
la cabeza, y del cabello
la enseñe á la plebe toda?
y no me tiembla la tierra,
los montes no se alborotan,
los cielos no se estremecen,
y de las celestes zonas
los círculos no se rasgan,
y las líneas no se borran?
Pero ya no es tiempo de esto,
la justicia es poderosa,
el Rey quiere que yo muera,
el cielo no lo revoca,
mi soberbia lo merece,
y la distancia es tan corta
(ay Dios!) que apenas de vida
me quedarán siete horas.
Pues venza el entendimiento,
que la voluntad informa,
y lo que ha de hacer la fuerza,
póngalo el gusto por obra;
y en fin, la ley se egecute,
que por traidor me pregona:
pues yo prometo á mi brio
morir con tan religiosa
bizarría, que parezca
que el morir no me congoja,
ó que en aquella ocasion
muere por mí otra persona.
Mas esto se ha de entender
con condicion, que á esa hora
esté vivo, porque pienso,
segun la pena me ahoga,
que antes que salga á la plaza,
si el cielo no me reporta,

he de matarme yo mismo,
que en muerte tan lastimosa,
no ha menester el valor
mas verdugo que la honra. *Vase.*

Salen Jaques y Belerma.

Belerm. Jaques, huye.
Jaques. Yo, por qué?
Belerm. Huye, Jaque.
Jaques. Eso no,
sin culpa estoy.
Belerm. Qué sé yo?
Jaques. Soy yo traidor?
Belerm. Yo qué sé?
Jaques. Tengo de hacerme culpado
con huir? *Belerm.* Y no es peor
ser por sospechas traidor,
que sin culpa castigado?
Jaques. Yo qué he hecho?
Belerm. No has servido
al Duque? *Jaques.* Sí.
Belerm. Pues es poco?
Jaques. Si él era un tronera, un loco,
y un frances desvanecido,
tanto, que nació frances
por yerro de cuenta, es llano,
porque hombre que era tan vano,
nació para portugues:
qué tiene que ver un triste,
que huye de una melecina,
porque es traidora y malina?
Belerm. Mira que al fin le serviste,
y que el Rey la espada aguza,
y que es mas segura cosa
poner pies en polvorosa,
que llevar en caperuza.
No sé qué decia mi abuela
de agentes y confidentes,
que culpas tan insolentes
á toda una parentela
alcanzan por justa ley;
pues al que traidor ha sido,
aun la casa en que ha vivido
la siembra de sal el Rey,
solo porque vez alguna
fue su dueño desleal.
Jaques. Pues siémbrame á mí de sal:
hay muger mas importuna!
Mas si á mí me siembran, dí,
de sal, sin haber pecado,
ni estar, Belerma, dañado,
de qué han de sembrarte á ti?
Belerm. Poco pienso, que has sentido
la muerte de tu señor,
pues que con tan buen humor
á ver á Blanca has venido.
Jaques. Eso no, porque en pensando,
que en mano infame un cuchillo
de Francia al mejor caudillo
la vida le está quitando,
tanto lo llego á sentir,
que por parecer honrado,
morir quisiera á su lado.
Belerm. Ay Jaques! bueno es vivir.
Pobre de Blanca, que siente
por todos. *Jaques.* Triste señora!
estará llorando ahora:
voy á consolarla. *Belerm.* Tente.
Jaques. Por qué?
Belerm. Porque no está en casa.
Jaques. Pues ahora adónde fue?
Belerm. No sé, Jaques, solo sé,
que de suerte la traspasa
el corazon esta muerte,
que temo su vida ya.
Jaques. Ella se consolará
con el tiempo; mas advierte,
que siento ruido. *Siéntese ruido.*
Belerm. Ay Dios!
qué ruido puede ser?
Jaques. Qué? venirnos á prender,
ó á salarnos á los dos.
Belerm. Pues ven, Jaques, por aqui.
Jaques. Ay, Belerma, que no puedo.
Belerm. Por qué?
Jaques. Porque tengo miedo,
y el miedo me tiene á mí.

Salen el Rey de Francia, el Conde de Suison y Montení.

Rey. Dejadme, porque me trata
tan mal mi pena, que infiero,
que yo soy solo el que muero,
y es el Duque el que me mata.
Es posible (pena fuerte!)
que yo soy Rey y castigo
al Duque, al mayor amigo,
y con castigo de muerte!
No soy Rey, sino tirano.
Belerm. Jaques? *Jaques.* Belerma?
Belerm. Qué haremos?
Jaques. Cámaras, pues que tenemos
el miedo tan á la mano.
Rey. Avisad luego á Madama
que estoy aqui.
Suison. Dos criados
estan allí retirados.
Rey. Lleguen pues.
Montení. El Rey os llama.
Jaques. A quién llama el Rey?
Montení. A vos.
Jaques. Decid, que no estoy en casa.

Montení. Llegad presto.
Jaques. Suerte escasa!
Llegarán: válgame Dios!
Belerm. Yo me escurro por aquí.
Jaques. Señor, aquella se va.
Belerm. Yo? miente.
Montení. Venid acá.
Belerm. Ah parlero!
Jaques. Aqueso sí.
De rodillas los dos.
Señor, yo no tengo parte
en lo que el Duque pecaba.
Belerm. Él conmigo no trataba
de ofenderte ni matarte.
Jaques. Si yo su intencion traidora
supe, el cielo me destruya.
Belerm. Yo no fuí tercera suya,
sino fuí de mi señora.
Jaques. Jamas de mí se fió.
Belerm. Yo siempre de él me escondí.
Jaques. Déjame decir á mí.
Belerm. Déjame decir á yo.
Rey. Amigos, qué hace Madama?
no temais. *Belerm.* Esto es peor.
Jaques. Esta lo sabe, señor:
diga, adónde está su ama?
dígalo presto. *Belerm.* Qué haré?
Rey. Mayor desdicha recelo:
hablad.
Belerm. Fuerte desconsuelo!
Rey. Dónde está Blanca?
Belerm. No sé;
esta mañana salió
sin decir á nadie nada,
en una silla cerrada,
lo demas no lo sé yo:
pero bien sé, que la ví
llena de congoja y llanto.
Sale Madama Blanca de luto.
Blanca. Hola, quitadme este manto.
Mi Rey, señor, vos aquí?
si porque al Duque amé yo,
y aunque muerto le he de amar,
en mí le quereis quitar
la vida que le quedó,
muera yo para acabarle
de matar, si no os altera,
porque hasta que Blanca muera,
no acabareis de matarle.
Rey. No, Blanca, mal vuestro amor
hace esta piedad malicia,
matarle en él fue justicia,
matarle en vos fuera error;
antes, porque yo le amaba,
viendo que ya el Duque es muerto,
y amándole vos, es cierto
que vivo en vos se quedaba,
busco su vida en los dos,
con amor tan excesivo,
que porque en vos está vivo,
le vengo á buscar en vos.
De dónde venís ahora?
mas quién duda, que vendreis
de llorar lo que perdsis?
porque descansa quien llora,
quizá para divertir
la pena que el pecho esconde.
Blanca. No, mi señor.
Rey. Pues de dónde?
Blanca. De ver al Duque morir.
Rey. A verle morir salisteis!
Blanca. A verle morir salí.
Rey. Y eso fue amar?
Blanca. Señor, sí.
Rey. Poco piadosa anduvisteis:
mas le debe á mi amistad.
Blanca. Tiene sugeto mayor
mi piedad y mi valor.
Rey Ni eso es valor ni piedad.
Blanca. Ah señor, que un mal temido
es un dolor dilatado,
y aunque es mucho imaginado,
es mucho mas padecido:
luego mas hazaña ha sido
ver yo propia mi dolor,
cuanto es mérito mayor
en una pena crecida
aventurar una vida,
que dilatar un temor
Amaba al Duque, y creía
que era vasallo leal:
fue traidor, procedió mal,
vengasteis su alevosía:
supe que os satisfacia
con su muerte y que os vengaba,
y como yo le estimaba
por honrado, leal y fuerte,
quise asistir á su muerte
para ver como os pagaba.
Cuando á ver su muerte fuí,
previno mi voluntad
para él mucha piedad,
mucha pena para mí:
su dolor se acabó allí,
yo mis dolores prosigo,
dióme lástima el castigo,
y sentí el golpe cruel:
luego mi amor fue con él
mas piadoso, que conmigo.
No verle, ó verle morir,

no son dos cosas, señor,
que lo mismo es en amor
padecer, que presumir:
por ver al Duque vivir
aquello mas, le asistieron
mis ojos, que á verle fueron,
y como vivo le hallaron,
mis esperanzas duraron
aquello mas que le vieron.
Rey. Convencido, Blanca, estoy.
Blanca. Yo, señor, estoy mortal.
Rey. Grave pena!
Blanca. Fuerte mal!
Rey. El pésame, Blanca, os doy.
Blanca. De marmol juzgo que soy,
pues que vivo.
Rey Oh quién lo viera!
Blanca? *Blanca.* Señor?
Rey. Pena fiera!
murió con mucho valor
nuestro Duque? *Blanca.* Si señor.
Rey. Cómo fue?
Blanca. De esta manera:
Al espectáculo grande
del mayor teatro, en cuya
tragedia representaba
sus mudanzas la fortuna,
manchado de sangre el sol,
cubierta de horror la luna,
vestido el dia de asombros,
llena la noche de dudas,
ciego el aire, sordo el viento,
y en su variedad confusa
dividido el vulgo en olas,
partida en votos la turba,
á ser lástima y egemplo
de las privanzas, que duran
lo que la vida en la rosa,
lo que en la flor la hermosura,
llegó el Duque al cadalso,
trono infame de sus culpas,
cuya máquina sublime
negros ropages enlutan.
Era el funesto aparato
geroglífico ó figura
de la noche y de la muerte,
tan expreso en cada una
por el color y la forma,
que sin que allí se confundan
dos imágenes, á un tiempo
parece nublado y urna,
por cualquiera parte noche,
por cualquiera parte tumba.
Dudaba Francia el suceso,
no porque ignoró la injuria,
ni porque llegó á dudar
la pena como la culpa,
sino porque siendo el Duque
dueño de la gracia tuya,
dudó que hubiese en el mundo
quien sus delitos descubra,
que las faltas de un valido
cualquiera las disimula.
Entró el Duque por la plaza:
quién duda, señor, quién duda,
que esta fue su mayor pena
y su mayor desventura?
Pues por donde entró triunfando
de tantas banderas turcas,
entra ahora despojado
de aquellas armas augustas,
que no se muda el lugar,
aunque las dichas se mudan.
No guardaban su persona
esta vez, como otras muchas,
de sus mejores soldados
tantas militares puntas,
antes llevando su vida
en mas peligro que nunca,
iba allí con menos guardas
su persona mas segura.
Apenas de que llegaba
dieron noticia confusa
lenguas de metal, entonces
retóricamente mudas,
cuando le señalan todos,
y de repente se escuchan,
pidiendo atencion al aire,
todas las voces en una.
Descolorido el semblante,
las megillas mal enjutas,
desoliñado el cabello,
la barba sin compostura,
libre la mano derecha,
con que compone y ajusta
el capúz sobre los hombros,
y con afecto y ternura,
un Crucifijo en la otra,
cuya devota escultura,
cuanto enternece los ojos,
los cabellos espeluza,
al cadalso llegó el Duque:
aquí la lengua se turba,
aquí la voz se entorpece,
aquí la vista se angustia,
aquí el corazon se pasma,
aquí la pena se ofusca,
aquí el dolor se reprime,
aquí el aliento se anuda,
aquí los brazos se estienden,

aqui las manos se cruzan,
y aqui finalmente todo
el cuerpo se descoyunta,
todo lo padece el alma,
todo el amor lo disculpa.
Junto al teatro se apea,
y sube, sin mas ayuda
que su valor, tan constante,
que dos veces se le arruga
el capúz entre los pies,
para estorbarle que suba:
y él con despejo bizarro
le acomoda, y se disgusta
de que le estorbe el camino,
porque ninguno presuma,
que para llegar mas tarde
era diligencia suya.
En llegando á lo mas alto
del sitio que él solo ocupa,
mirando á una y otra parte
con atencion y mesura,
á Francia vió de dos veces,
y Francia le vió de una.
Alli se dejó mirar
de toda la plebe junta,
sin escusas ni porteros,
y pagó solo con una
cuantas visitas debia,
que en un privado son muchas.
Dispuesta una silla estaba,
en lugar de blanda pluma,
para lecho de su muerte,
para estrado de su injuria:
sentóse, y sentóse bien
de otra vez, donde le ayudan
con cristianas diligencias
dos religiosos, columnas
de la fe, cuyas palabras
le ofrecen y le aseguran
en su sangre su remedio,
y en su infamia su disculpa.
Por última diligencia
le intiman y le pronuncian
la sentencia de su muerte,
que vivo y atento escucha.
Ah pension de los mortales!
que la mayor desventura
de los hombres, sea ignorar
la hora postrera suya!
Y que llegue á ser la muerte
de un delincuente tan dura,
que el saber que muere entonces,
sea su mayor angustia!
Llegó á vendarle los ojos
con mano aleve é impura
el verdugo, pretendiendo
con infames ligaduras
atar su cuerpo á la silla,
y él, con impaciencia alguna,
que en pie le deje morir
pide al verdugo, y le jura
por su Rey y por su sangre
de no resistirse nunca,
aunque vea la cuchilla
sobre su cuello desnuda,
como el que se ve sangrar,
que él mismo el brazo se alumbra,
y aunque la vena le rompen,
no se resiste á la punta.
No fue accion desesperada,
aunque alguno lo murmura
en Francia, antes me parece
que fue una obediencia justa,
ó para hacer voluntaria
la pena cuando la sufra,
ó para dar á entender,
que aun alli el valor le dura,
y que asi no ha menester
ignorar lo que no escusa.
En efecto, hecha la seña,
el verdugo que la escucha,
levanta el brazo, y del golpe
fue la presteza tan mucha,
que aun no pudo comprenderla
el mismo que lo egecuta.
Saltó la cabeza en tierra,
huyendo de quien le injuria,
que solo en huir entonces
no pareció que era suya;
pero como no podia
vengarse ya por difunta,
andando por el tablado,
parece que iba, aunque muda,
pidiendo á todos venganza
de aquella mano perjura.
El cuerpo (raro prodigio!)
quedó en su propia estatura,
sin caer en grande rato,
ni mostrar flaqueza alguna,
ó porque no lo creyó
la muerte que lo procura,
ó porque el cuerpo valiente,
mientras el alma fluctúa,
quiso vivir por su cuenta
aquello poco que dura.
En fin, á vista del pueblo,
que le llora, aunque le acusa,
entre lágrimas y penas
quedó aquella flor caduca,
aquella vida sin alma,

aquel campo sin figura,
aquella estrella sin rayos,
aquel sol sin hermosura,
aquella nave sin velas,
aquella águila sin plumas,
aquel valeroso brazo
sin fuerza en las coyunturas,
y con una muerte sola
satisfechas muchas culpas,
vengados muchos agravios,
vuestra persona segura, *Llora.*
Francia triste, el mundo absorto,
muerto el Duque, y yo difunta.

Rey. Rara muerte! ay Duque amigo,
que mal mi amor disimula
sin lágrimas en los ojos,
y en el pecho la ternura!

Montení. Mucho lo ha sentido el Rey.

Suison. Pierde un gran soldado, y nunca
tal pérdida se restaura.

Rey. Blanca? *Blanca.* Señor?

Rey. Vuelve, enjuga
el llanto. *Blanca.* Lloro de un sol
la muerte, que en noche oscura
se me puso de una vez,
porque lo sienta de muchas.

Rey. Todos la sentimos, Blanca,
y asi, pues que quedais viuda
de un deseo, procurad
buscar marido, que supla
el valor del Duque muerto,
no, Madama, la ventura.

Blanca. Ahora es muy presto. *Rey.* Pues
cuando será tiempo?

Blanca Nunca,
que una muger de mis partes,
cuando á querer se aventura,
y yerra la vez primera,
no ha de probar la segunda. *Vase.*

Rey. Gran valor!

Jaques. Rara fineza!
mucho amor y cosa mucha!
y pues por amor al Duque,
tener y guardar procura
su virginidad fiambre
una francesa de azucar,
yo tambien quiero imitarla,
y aunque la carne lo gruña,
no he de casarme en un mes.

Belerm. Y despues, señor figura?

Jaques. En pasando la cuaresma,
quién no canta una aleluya?

Rey. Y con esto tendrá fin
la prodigiosa fortuna
del Mariscal de Virón,
que fue de la patria suya
el mas valiente frances,
aunque de menos fortuna.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. Año 1822.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, número 64, junto al Mercado; y asimismo un gran surtido de comedias nuevas, piezas en un acto, sainetes y unipersonales.